

EL FICARO

Macchis

Emilia Pardo Bazán.



Noveladora eminente
 y autora muy elegante,
 que sin gran inconveniente
 ha resuelto el expediente

SUMARIO

TEXTO. *Sinfonía*, por J. López Dóriga.--*Bendiciones inútiles*, por Luis de Ansorena.--*La última conquista*, por Angel R. Chaves.--*No hay que dudar*, por Juan Perez Zúñiga.--*Previsiones*, por E. Said et Fanny.--*Amor al arte*, por Calixto Navarro.

GRABADOS. *Emilia Pardo Bazan*, por A. Pons.--*De todo un poco*, por Cilla.--*Medallon*, por A. Pons.



Los armados están de enhorabuena; están de moda; son el objeto de las conversaciones del día.

Antes lo habían sido también; mas al ocuparse de ellos era preciso hacerlo con cierto sigilo, con cierto misterio, que lejos de darles importancia, les perjudicaba en alto grado para sus ulteriores fines.

Pero hoy, gracias á la libertad de que gozamos (palabras textuales de un orador) se puede hablar y escribir de ellos todo cuanto se quiera, sin temor á lances desagradables.

Sea cualquiera la clase de armas de que dispongan los armados para su uso particular, bien seguros pueden estar de que ellos conseguirán fijar la atención de no pocas gentes, y en especial del bello sexo, cuya curiosidad es ya proverbial.

No debe de extrañarse, pues, que hoy, lo mismo que en días anteriores, se hable de toros en todas partes, y haya toros y cañas en muchas casas por mor de los toros que se han de correr en la plaza de Buenavista. Al fin los toros son animales armados y sus cornamentas tienen no pocos admiradores y hasta envidiosos; como que algunos ven en las retorcidas astas nada menos que al famoso cuerno de la abundancia.

Mas dejando á un lado cuestiones un tanto delicadas, y siguiendo con el tema de los armados, á fin de sacarle puntas, deberemos de decir que si éstos no se han pasado ya de rosca, es debido á que las naciones, como buenas hembras que son, han querido tener siempre á los ejércitos armados, en pie de guerra: han sostenido y sostienen una paz armada que perjudica, al decir de los economistas, á la agricultura y hasta la ganadería, pero que favorece sobremanera al pantalón encarnado.

Díganlo sino los atractivos que para las gentes de faldas tienen una guerrera bien cortada y aquel pantalón grancé con franja azul ó azul con franja grancé, y máxime si estas prendas van precedidas de una regular charanga y escuadra de gastadores, aunque éstas sean escasas merced á las economías en guerra.

Mas si estos atractivos se redujeran al tiroteo de miradas y palabras entre los hijos de Marte y la milicia doméstica, menos mal; pero ésta, que desde la modificación del código militar, se muestra cada día más inclinada á la indisciplina, aumenta, con terror de las amas hacendosas, las sisas en proporción verdaderamente alarmante.

Este aumento se lo explican algunos por la carestía del tabaco, no porque éste haya subido de precio, sino porque el *sordao* hoy lo gasta de treinta y cinco; pero ellas, las de la cesta, que son francas, compensan sin ru-

bor sus aficiones á restar y dicen que al presupuesto de gastos de un cazador, en los tiempos que corremos, hay que añadir veinte céntimos que lleva el Rippert por dos asientos de ida desde la Plaza hasta la Estación y además otros veinte para dos ó cuatro chicos de limón tomados al aire libre.

Y menos mal que aquí no tenemos caballería y gente de administración militar, que sino, ya podían los amos preparar los bártulos camino de San Lázaro, á estudiar los medios de llenar sus gavetas, porque la pícará competencia entre la media bota con aquellas espuelas que meten tanto ruido cuando se mueven los cazadores ó infantes y los obreros de la administración con sus trajes grises y sus hongos sombreros que parecen asilados de la beneficencia general, sería terrible.

Y eso que desde que por inspiración de algún mal querer, pusieron el casquete á todo el ejército, éste perdió mucho á los ojos de las niñas del servicio doméstico.

Al decir de ellas, la gorra cuartelera les hacía más gracia y resultaban más *melitares*, pero lo que es con el casquete ¡ay! qué feos están y más si son quintos.

En fin, transigen con ellos, porque no hay otro remedio; pero, por Dios, que les quiten el casquete.

J. LÓPEZ DÓRIGA.

BENDICIONES INÚTILES

I.

Justo.. ayer se ha casado,
y estaba tan bonita en tal momento
con el traje de boda, que he rabiado
al ver que no era aquel mi casamiento.
Es tan grande el poder de su hermosura
que al bendecirla el cura
la miré con las ansias de un hambriento.

Su marido... Ya sabes,
aquel pobre bolonio
de tiernos ojos y palabras suaves,
fué tranquilo y feliz al matrimonio,
con la pura inocencia de las aves.
Y, abrazado á una prosa empalagosa,
capaz de derrocar impulsos altos
no teme los asaltos á su esposa,
plaza siempre dispuesta á los asaltos.

Porque es el infeliz de esos creyentes
que á fuerza de cruz casi desbarran,
y que á la fé se agarran
con las manos, las uñas y los dientes.
El pobre la miraba como un bobo,
y yo, que sigo como siempre esclavo,
de mis instintos y mi afán de lobo
y que al verme caer me cojo á un lado
al fuego de mi amor enrojecido;
me aproveché de su inocente arrobó,
y fijé la mirada
en la hermosa mujer de aquel marido;
Y ella... no, no te miento,
se sintió por mis ojos abrasada,
y acaso se olvidó del casamiento.

Y al pronunciar el *sí* con voz entera
volvió hácia mí su frente nacarada,
me envolvió en su sonrisa
llena toda de tonos seductores
y levantose del cojín ligera
como quien tiene prisa

de cumplir compromisos anteriores.

Ni ella ni yo sabemos
el final de esta historia...

¿Qué me reserva el porvenir? La gloria
ó el abismo? No sé... Ya lo veremos

II.

Unióla un cura á Pablo
que es tonto y necio como buen marido
y á mi le unió la bendicion del diablo,
Ella me prometió... lo que ha cumplido.
Lo cual es fidedigno testimonio
de que la línea recta es gran locura...
¡Cuando bendice un matrimonio el cura,
que carcajadas lanzará el demonio!

LUIS DE ANSORENA.

LA ULTIMA CONQUISTA

¡Pobre D. Cleto! Su inútil existencia fué un tejido de ilusiones, y sin embargo un incidente de su vida, el que voy á narrar, le hizo caer desde el pedestal de sus sueños y yo creo que dando al traste con ellos fué toque de llamada de la muerte.

Sin pasar jamás de una oscura medianía, nadie como él se supuso dotado de altísimas prendas. Talento, ingenio, valor, audacia creía poseer en supino grado, él, que perdonemelo su memoria, tenía un cerebro duro y poco fértil de suyo como pedrisco de sierra y un corazón tímido y apocado como el de la mas medrosa corza.

Pero sobre todo en lo que pretendía sobresalir mas que en nada, era en la innata elegancia de que se creía dotado y en unos atractivos personales que, segun él, habia sido y seguia siendo cuando ya contaba los cincuenta y seis muy largos de talle, terror de padres y espanto de maridos.

Esto no quitaba para que fuera modelo de casados. A creer sus palabras, desde que habia renunciado á las «ruidosas aventuras,» doblando la indomable cerviz ante el yugo del matrimonio, contentábase con saborear el efecto que su persona producía en la parte débil de la humanidad, sin dar paso alguno por apoderarse de las plazas fuertes que una sola mirada suya rendía á discrecion.

Grandes esfuerzos debia costar á la credulidad no tener por un tanto hiperbólicas las aseveraciones de don Cleto, sobre todo al verle con aquel levisac de alpaca, aquel pantalon de mahon y aquel peluquin semejante á un felpudo teñido de color de castaña con que yo le conocí, calándose el lente á los ojos, como si de algo sirviera tal artefacto á una cortedad de vista rebelde á todas las rocas cristalizadas del mundo conocido.

Si algun dia estoy despacio, que lo dudo, haré detenida pintura de las prendas físicas y morales de D. Cleto, pero por hoy, el tiempo apremia y me limitaré á contar lo que á los comienzos prometí.

Habia salido una mañana de principios de estío, el bueno de D. Cleto del hogar conyugal, y aunque cuentan las crónicas que enderezaba sus vacilantes pasos hácia el Retiro, por mor de hacerse el encontradizo con ciertas doncellitas casaderas que allí solian ir á jugar al volante, lo cierto fué que el crujir de algunas faldas le detuvieron á la puerta de la Iglesia de San José

Breves minutos hacia no mas que se encontraba situado en aquel punto estratégico, cuando sus ojos hubieron de fijarse en una dama que del templo salía, ves-

tida, sino de negro, por lo menos de muy oscuro y cubierta con un velo que, fuerálo ó nó, él tuvo por espesísimo.

Para D. Cleto era indiscutible que la encubierta era hermosa por todo extremo. El talle que no veia con los ojos corporales lo adivinaba con los del alma cimbrador y esbelto como palmera del desierto; antojábasele que los rayos de la mirada, traspasando los reconditeos del manto despedían de sí esa indecisa claridad de leves tonos azules que debe desprenderse del nimbo de los bien aventurados; y de lo que si estaba completamente seguro era de que el andar de la tapada era ligero y airoso como el de cervatilla perseguida que cruza el bosque hollando á penas las yerbas que pisa.

Si esto no hubiese bastado para poner en peligro la fidelidad conyugal de nuestro protagonista, la marcada insistencia con que la desconocida volvía á cada paso la cabeza mirando á D. Cleto hubiere sobrado para acabar con el poco juicio que en él quedaba.

Allí habia aventura. Quien con tan larga práctica como nuestro galan contaba no podía engañarse. Un movimiento instintivo le hizo componerse el voluminoso lazo de la corbata de vivos colores que llevaba; inclinó con cierta coquetería sobre la oreja izquierda su jipijapa de imitacion y echó á andar contoneando cadenciosamente el cuerpo tras de las huellas de aquella Galatea, que no parecia por cierto desdeñosa.

Así siguió todas la calle de Alcalá. Diversas veces tuvo intencion de abandonar á su nueva conquista, pero su natural tirantez le contenía y eso que la dama apenas daba veinte pasos sin volver la cabeza. Hasta alguna vez se le antojó á D. Cleto haber oido el rumor de una comprimida carcajada.

Al llegar á la Puerta del Sol, hizo un esfuerzo sobre si mismo. La mitad del camino estaba andado, puesto que la incógnita conocia sobradamente la situacion de su perseguidor. D. Cleto se puso al lado de la esbelta dama. Mas oh! contrariedad. Una nube de verano, que entoldaba el horizonte hacia ya rato, comenzó á descargar con violencia en aquella montaña y la desconocida llegando precipitadamente á su carruaje de alquiler abrió la portezuela y se metió dentro.

D. Cleto se quedó extático y anonadado. Las señas que acababa de dar al cochero eran las de su propio domicilio. Pero como si esto no bastara la cabeza que él soñó digna de los cinceles de Fidias, ya libre de los rebozos del velo, se asomó á la ventanilla, quebrantando el incógnito de aquella mujer celestial.

¡Era su suegra!

* * *

El almuerzo de aquel dia fué para D. Cleto un tormento superior á todos los que puso Dante en el infierno.

A cada momento temia que la relacion de la aventura de aquella mañana destruyera para siempre la paz de su tranquilo hogar.

Pero la respetable señora no hizo alusion alguna al lance. Sólo cuando terminado el almuerzo se qu dieron solos en el comedor, D. Cleto se atrevió á murmurar:

—Señora, no vaya usted á creer....

Pero ella interrumpió su explicacion. Un suspiro que-junbroso y prolongado salió de aquella boca tal vez adornada en otro tiempo de dientes de perlas y de labios de corales.



—Sospecho que mi mujer me la pega con el Grillo.
¡A esa infame la he de hacer picadillo!

—¡(Que soy una inocente piensa este mico!)
—¡(Si supiera esta mona que no soy rico!...)



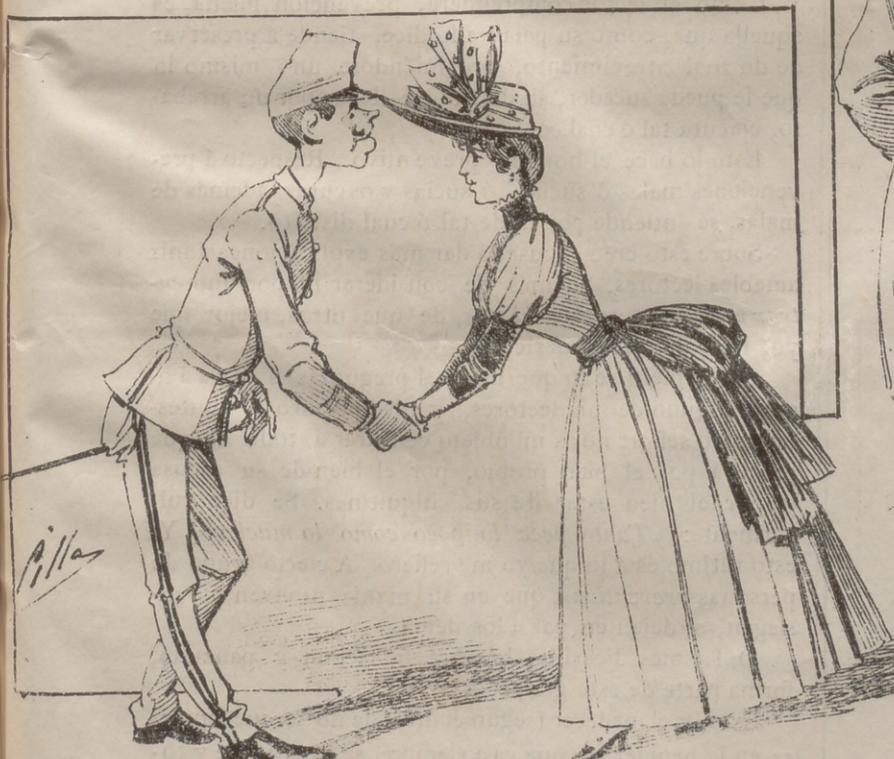
—¡Ya me tienen rendido estas señoras!
¡Han hecho diez visitas en dos horas!

Dicen que tiene buen aire la Pepa. ¿No ha de tenerlo, si se lo está dando siempre con ese abanico inmenso?



Aquí teneis á Fernández, que jugando pasa el día, unos ratos con el cabo y otros ratos con su prima.

¡Hombre! Me apuras la paciencia con tu brutalidad!
—Lu mesmo decíame el cabo Minguez.
—Es que tú no eres un quinto; eres un apura-cabos.



Desde el momento en que he visto que tú eres lista, Calista, con paciencia no resisto el que toquen á la lista.

—¿Cuándo serás mi marido?
—Cuando me dén otro grado.
—¿Y eso será pronto?
—Pronto.
(Dentro de diez y seis años.)

Después bajando los ojos con casto rubor, se limitó á decir:

—Habíamos nacido el uno para el otro.

Aquel golpe fué mortal para D Cleto. Antes de cumplirse las dos semanas sus amigos mas íntimos acompañabamos al cementerio los restos de aquel que tantas veces nos contó sus conquistas.

Los médicos achacaron su muerte al chaparron de aquel memorable día. Yo tengo motivos para creer que le mató la pesadilla de su postrera ilusion.

ANGEL R. CHAVES.

NO HAY QUE DUDAR

Tiene un corazon D. Juan tan dedicado á Cupido, que siempre, siempre ha vivido presa de amoroso afan

Cuantas mujeres veía otras tantas le gustaban; pero nunca le inspiraban cariño de un solo dia, sino que de sopeton y sin poderlo evitar, las destinaba un lugar dentro de su corazon

Mas al ver que así vivía de una manera azarosa, —«Yó necesito una esposa, (se dijo, resuelto, un dia).

Sobre todas me he fijado en Asuncion y en Pilar, que son dos chicas sin par; pero ¿con cual tomo estado?

No he de hacer la tontería de pedir permiso á Dios para unirme con las dos porque me lo negaría

Vista, pues, mi situacion ¿á cuál tomo por mujer? Y yo tengo que escojer entre Pilar y Asuncion.

Pilar es tan cariñosa como bien configurada, perfectamente educada y más fresca que una rosa.

Es rubita como el oro y aunque demuestra rubor, loca está por mí de amor y yó con ansia la adoro.

Asuncion es otra cosa Aun cuando nó tan esbelta, es más lista, más resuelta que Pilar, y más graciosa.

Es risueño su semblante; como la mora es su pelo, y su amor es un modelo por lo dulce y lo constante.

Las dos me dan buenos ratos, las dos son pobres y honradas, las dos de mí están prendadas, aunque soy un pelagatos

Quiero casarme en seguida, mas la duda me atormenta: Si Pilar queda contenta, queda Asuncion afligida, y yo padezco tambien pues de los dos voy en pos y yo creo que las dos me cuidarían muy bien »

.....

Juan, que estuvo medio loco, su duda resolvió ya.
¿Se unió con la rubia?... ¡Cál
¿Con la morena? Tampoco.
Harto de vacilaciones

se ha casado en Barcelona con una vieja paloma sin dientes y con millones.

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

PREVENCIONES!

Si señores; lo confieso con toda la serenidad de que Dios me ha dotado, y con todo el atrevimiento del que no teme enojar poco ni mucho á los oyentes.

Sea efecto de mis pocos años ó de mi espíritu, poco habituado á detenerse ante obstáculo alguno, muy al contrario; á averiguar lo que hay en *el mas allá* de todas las cosas, el caso es, que no solamente me causa *tedio*, valga la frase, la palabra «prevencion,» sino que me contraria.

Y no es porque yo haya estado en ninguna;—¡Dios me libre!...—Sino porque me subleva el pensar que tenga uno que vivir prevenido, ya contra los diferentes ataques de que es objeto el humano, contándose entre estos como más deplorables los de ciertas *alimañas* pegadizas (al bolsillo ageno), y que por desgracia abundan bastante, ó bien los de algun compañero, crítico en ciernes, que sin hacer omiso caso de los que deberían ser sagrados deberes del compañerismo, se complace en sacarle en público todos sus muchos ó poco sucios trapillos; ya contra los intencionados é irreverentes *discursos* de algun *sensato*, que sin preocuparse para nada de que existe buena educacion que exige respetemos las ideas de cada cual, se nos desata en una sarta de impropiedades contra la dignísima accion popular y hasta contra Dios y su Santísima Madre, porque permite que haya *insensato* que crea y afirme la existencia de *dos ó mas fantasmas* en el *celebérrimo proceso*.

Pero, como al hablaros de prevenciones, nada tiene que ver, ni es mi objeto quemar la sangre á ninguno, de los que yo aprecio y respeto (apesar de todo), señores *sensatos*, os diré, imitando al simpático D. E. de Palacio, que las hay de todas clases: Buenas y malas, oscuras y súcias.

Como el lector comprenderá, prevencion buena, es aquella que, como su palabra lo dice, tiende á preservar de un mal atrevimiento, previniéndose uno mismo lo que le puede suceder, si dejándose llevar por un arrebatto, ejecuta tal ó cual cosa.

Esto lo hace el hombre preventivo Respecto á prevenciones malas ó sucias, ó sucias y oscuras, además de malas, se entiende por la de tal ó cual distrito.

Sobre esto creo escusado dar más explicaciones á mis amables lectores, además de considerar inoportuno *entrar* en ciertas *escabrosidades*, de que otros, mejor que yo, les pondrán al corriente.

Ahora bien; sé lo que me va á preguntar ó se va á figurar alguno de mis lectores, y me apresuro á contestarle: No señor; no es mi objeto censurar á todo el que procura por el bien propio, por el bien de su esposa y por el bien estar de sus chiquitines. Se dice vulgarmente: «*Tanto peca lo poco como lo mucho* » Ya esto último es á lo que yo me refiero. A cierto grupo de personas *preventivas*, que en su manía ni viven, ni sosiegan, ni dejan en paz á los demás.

D. Lesmes Jicarilla, hombre bonachon y panzudo, forma parte de este grupo.

Esto, y el padecer (segun él dice) de no se que agudeza en la hepidermis que casi siempre se reproduce y toma gran incremento (¿esa agudeza eh?) los dias humedos

y lluviosos, ocasionándole agudos dolores que á su vez son seguidos de fuertes soponcios, contribuyó á que nunca asomara las narices á la puerta de la calle sin ir bien provisto de cataplasmas, píldoras y cuantas *porquerias* de que dispone la ciencia.

¿Iba al café? Pues allí se le habia de ver con su male-tin á cuestras.

¿Iba al teatro? Pues no habia miedo á que se dejase los globulos en casa.

Era una farmacia andando

Los amigos nos reíamos y burlábamos de él en sus propias *barbas* no consiguiendo sino que redoblara sus precauciones.

Una vez cayó gravemente enfermo á causa de un ber-rinche que cogió porque á su hijo Juanito le dió la ocu-rrenencia.—¡Cosa mas natural!—de bañarse un dia bastan-te caluroso.

Pues, por si á la salida tenia ó no que constiparse, á poco se fué él al otro mundo.

Y su hijo tan sano.

Una D.^a Pancracia conocia yo que tuvo que guardar cama el año del cólera, con exposicion de tomar la al-ternativa para el otro barrio, solamente de pensar los estragos que aquel iba á causar de penetrar en los herói-cos arrabales de la muy invicta villa.

Y un mi vecino, en cuanto entraban los calores, no sabia deshacer de su adorada compañera; esta era una cajita de acibar, preventiva contra todo ataque á la ca-beza.

Este hombre, como era de suponer, no murió de ja-queca, pero sí de una terrible irritacion á la que siguió la *huida* en *grande escala* de los gases ventrilocuos. ¿Eh? Me parece que la palabreja está...

Las gentes inocentes y aprensivas como él, creyeron y siguen creyendo que murió del cólera. Pero yo, que le conocia bien estoy seguro de que el cólera le dió por el abuso de su fiel compañera, como él decia.

Con lo que queda demostrado que muchas veces es peor el abuso de prevenciones.

Esto no quiere decir que no se ha de vivir de cierto modo prevenido, pero sin perjuicio de que siga creyen-do, como hasta aquí, que el que no se embarca no pasa la mar

E. SAID ET FANNY.

AMOR AL ARTE

Carta, que llena de duelo
y á espaldas de su papá,
dirige Inés Cervigüelo
natural de Chinchon, á
Salvador Sanchez Frascuelo.

Aunque nunca tuve el gusto
de estar en suerte con tigo,
tengo en el cuerpo tal susto,
que quiero ver si el disgusto,
escribiéndote mitigo.

Me ha dicho mi prima Cleta
que no se acuerda en que parte
si en *El Globo* ó la *Gaceta*,
dice que dejas el arte
y te cortas la coleta

¿Tú que en aquellos recortes
dejas dislocado al bruto?

con tus taurinos resortes
amputarte el atributo?
Salvador, no te la cortes!
Ten en cuenta los desvelos
que dán tu estoque y muleta,
y que chicas como cielos
van pendientes de los pelos
trenzados de tu coleta.

¿Hay nadie que con tu cutis
de aceituna entrecogida
le haga á un berrendo hacer *mutis*
con satisfaccion de *tutis*
los que van á la corrida?

¿Hay torero de tu empaque?
¿Hay brazo como tu brazo
que al picador libre saque,
ni matador que se atraque
como tu al dar el pinchazo?

Pues si eso es así *gachó*;
si el cielo te destinó
para licenciar *Muruves*,
y te pones en las nubes
teniendo enfrente al *buró*,
oye la voz del que te ama
y dá gusto al populacho.

Es que apunta la *jindama*?
Pues aprende una camama
y mata fuera de *cacho*
Recuerda cuando en Chinchon
y siendo un pobre chaval
te dieron tal achuchon
que por muy poco, la Uncion
te sirve de credencial.

Desde aquella tarde infausta
que no habrás dado al olvido
piensa, y con esto te basta,
cuantos ván ya de la casta
del que te dió el recorrido.

Aquí un revolcon: Allá
un sencillo varetazo:
alguna que otra *corná*
la dislocacion del brazo ...
pero en punto, grave. *ná*

En cambio diges... brillantes,
manzanilla á todo trapo:
potros de sillas flamantes,
hembras guapas y elegantes
y nombradía de guap?

¿Puede eso darse al olvido?
¿Es posible que te portes
así, desgraciado?

¡No te la cortes querido
Salvador, no te la cortes!!

No se sabe aun la impresion
que esta la carta de Chinchon
ha producido en el diestro
v si dejará el maestro
hueco en el escalafon.

CALIXTO NAVARRO.



FIESTAS DEL SALVADOR.

Iluminaciones. Paseos. Bailes campestres.

Fuegos artificiales. Orfeones. Músicas. Dos
grandes corridas de toros los días 4 y 6.

EL FÍGARO.



Este medallón se verá en cualquiera prenda del Siglo XX, con esta inscripción:

«Retrato de uno de los individuos que se colocaban anteriormente en todas las esquinas para adornar la vía pública.»

EL FÍGARO,

Periódico Literario, Festivo, Ilustrado.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Contiene artículos y poesías de nuestros más distinguidos escritores, caricaturas de los primeros dibujantes y fotograbados de Laporta y otros.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

PENINSULA.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año, 16 pesetas.

PRECIOS DE VENTA.

NUMERO SUELTO, 15 céntimos.—Atrasado 50 id.—A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

El pago de las suscripciones es adelantado.

Con los corresponsales liquidaremos las cuentas á fin de mes, suspendiendo el envío del paquete al que no lo haga en estas condiciones.

Oficinas: San José, 6, 2.º, centro.

Horas de despacho: de diez á doce de la mañana y de dos á cinco de la